

ARTÍCULO

“QUIZÁS QUISO DECIR: ESCRITORES MEXICANOS”. ESCRITORAS DE FANTÁSTICA Y CIENCIA FICCIÓN MEXICANA.

Gabriela Damián Miravete

“Quizás quiso decir: escritores mexicanos ” Escritoras de literatura fantástica y ciencia ficción.

Sí, a mí me pasó. Introduje en *Google* la siguiente búsqueda: “escritoras mexicanas+literatura fantástica+ciencia ficción”, y el motor me respondió con esa fría amabilidad que ya no nos sorprende “Quizás quiso decir: *escritores mexicanos* +literatura fantástica+ciencia ficción”. Casi le vi los colmillos al *Google robot*, burlándose de mí desde el otro lado de la pantalla. *No hay*, parecía decirme. ¿*Para qué buscas?* Tecleé de nuevo la frase, sin cambiar una sola letra. Arrojó la misma sugerencia. La ignoré dos, tres veces, fui leyendo los encabezados propuestos. Poco a poco, levantando la mano tímidamente, los nombres y títulos fueron surgiendo. Pero vayamos un poco más atrás en el tiempo. Al fin y al cabo dentro de estas páginas especulativas se puede.

La inocente pregunta

Pocos días antes estuve en una de esas reuniones que sufren el feliz accidente de quedarse sin energía eléctrica. Pese a todo, la cerveza circulaba generosamente. Quizá por esa combinación de media incógnita que desinhibe, uno de los asistentes se atrevió a hacer una petición políticamente incorrecta: “Quiero que me expliques: ¿por qué los grandes narradores de la Historia han sido todos hombres? ¿por qué no hay grandes narradoras?”.

Pareciera increíble, pero no es raro encontrarse todavía con esta pregunta lapidaria. Lo que sí es extraño es que sea resuelta de forma favorable por algún interlocutor: por lo general se apela a las cualidades femeninas para justificar que quizá no ha habido grandes narradoras, pero sí grandes poetas, puesto que la poesía exige una sensibilidad y una mirada que las mujeres poseen de forma *natural*. En el mejor de los casos alguien levantará la mano para decir que ha habido *excepciones*, como Virginia Woolf o Marguerite Yourcenar. Quizá ya pocos se atreverían a rematar citando aquella frase que, según reza el mito, Octavio Paz le dijo alguna vez a Elena Garro cuando leyó *Los recuerdos del porvenir*: “Eres tan inteligente que hasta pareces hombre”.

Precisamente Elena Garro es un buen ejemplo del anonimato padecido por las grandes narradoras: es más o menos conocida por el lector de a pie como *la esposa* de Octavio Paz. Desde hace relativamente poco se le celebra en los círculos literarios por su obra, tan grata como inaudita y arcana. ¿Por qué? Porque muchas de sus historias se inscriben en el brumoso terreno de la llamada *literatura fantástica*.

Si la pregunta de arriba es eso, una interrogante, ¿*Por qué las mujeres no escriben literatura fantástica y Ciencia Ficción?* es una creencia a pie juntillas. Todavía resulta inverosímil que los viajes en el tiempo o lo ominoso sean materia prima de las *damas* escritoras. Convendría

recordar que *Frankenstein o el moderno Prometeo* (1818), considerada la primera novela de Ciencia Ficción, fue escrita por una chica de 21 años, Mary Wollstonecraft Shelley; o que Doris Lessing, la premio Nobel de Literatura 2007, escribió una serie de 5 tomos sobre un mundo postatómico titulada *Canopus en Argos*.

Jueguen, muchachas

Quizá no sea ocioso responder aquella pregunta lanzada a las turbias luces de aquella velada, atándola a la otra interrogante, la que ignora a las autoras de literatura fantástica y ficción especulativa. Pese a que las escritoras profesionales existen a raudales, pese a nombres, obras, ejemplos densos y honorables como Rosario Castellanos o Margo Glantz; aún flota en las escuelas, en la calle, en las oficinas, lo que alguna vez ironizó Roland Barthes: () *que escriban cuanto quieran, que adornen su condición, pero sobre todo, que no escapen a ella: que su destino bíblico no sea turbado por la promoción que les han concedido y que inmediatamente paguen con el tributo de su maternidad esa bohemia agregada naturalmente a la vida del escritor. Sean atrevidas, libres; jueguen a ser hombre, escriban como él; pero jamás se alejen de su lado; vivan bajo su mirada, con sus niños compensen sus novelas; avancen sus novelas pero vuelvan a seguir su condición (...).* (1)

"Escriban como él", y entonces el camino literario ofrecido a las escritoras sigue siendo una apropiación del propio cuerpo pero desde los ojos del otro; un estar en el mundo y hacer oír la voz, sí, pero en un mundo prestado. Hay aún autoras que adoptan cualquiera de las dos formas de la complacencia: o bien escriben con la intensidad y *sensibilidad* que cabe esperarse de ellas; o escriben sobre y desde las mismas experiencias o preocupaciones masculinas, pero feminizándolas sin *cursilería* explícita. Éstas últimas se ganan sin reservas el "respeto" de sus colegas, que inconscientemente seguirán aprobando la perpetuación de su forma de ver el mundo, cediendo gustosos la *falocracia* a la *coñocracia*. Por eso pareciera que hay poca misoginia en el mundo literario: los escritores alaban honestamente el trabajo de estas escritoras. Pero quizá porque continúan creando heroínas y relaciones al gusto del sector impositivo del cromosoma Y: *femmes fatales* de pose afectada y trágico destino, señoritas guapas, dispuestas al placer con sólo un leve roce de los dedos. Las fantasías supremas de la mayoría que gobierna al mundo.

Por eso es que la literatura fantástica o la ficción especulativa escrita por mujeres implica verdaderas transgresiones en la mayoría de los casos. Lo son, primero, en la posibilidad de una forma de vida, y lo son también en la concepción de lo literario. Pensemos en Octavia Butler, mujer afroamericana que pasaba del 1.80 de estatura, disléxica, tímida, hija de un zapatero y una empleada doméstica de entrada por salida. Pese a todos estos factores, Octavia decidió escribir *Kindred*, una novela de lectura obligatoria en las secundarias estadounidenses que cuenta cómo una mujer negra del año 1976 viaja en el tiempo hasta los plantíos esclavizados del sur de

Estados Unidos anteriores a la guerra civil. “Pensé que sería bueno que la gente supiera qué se siente tener al mundo entero contra ti”, declaró. Los personajes de Octavia son constantes reproducciones de sí misma, como si quisiera llenar los huecos que no representan a las personas como ella.

La literatura de Úrsula K. LeGuin y Connie Willis, dos de las escritoras más célebres y premiadas de fantasía y ciencia ficción, se han caracterizado por crear universos, personajes que responden a inquietudes nuevas. LeGuin consigue una replantear nuestras nociones sobre el género en *La mano izquierda de la oscuridad*, donde los habitantes de un planeta poseen los dos sexos; Willis nos regala en casi todos sus relatos protagonistas femeninas caracterizadas por su humor e inteligencia. En *El libro del día del juicio final* una historiadora del futuro viaja a la Edad Media para conocer *in situ* la vida cotidiana de la época. Por un error de cálculo, termina cayendo en los días que azota a Inglaterra la peste negra. Los personajes masculinos no dejan de ser interesantes: el que tiene pinta de héroe no sirve para mucho, mientras que un humilde sacerdote, exento de espada y armadura, es quien da una conmovedora lección de piedad y empatía. Además, los coprotagonistas son otros eternos ignorados: amas de casas, niños y viejos.

Susanna Clarke es otra autora a la que seguir: *Jonathan Strange y el Señor Norrell* (Salamandra, 2004) es quizá la novela fantástica más importante de la última década.

Espejos desenterrados

En nuestro país contamos con caros ejemplos, verdaderas piedras preciosas desenterradas por escritoras que se han ido de paseo por la otra orilla. En el terreno de lo fantástico, la llamada *Generación de Medio Siglo* (surgida en la hendidura de los años cincuenta del siglo XX) y la de la *Revista Mexicana de Literatura* nos regaló tres nombres que empiezan a circular nuevamente en el aire: Guadalupe Dueñas, Inés Arredondo y Amparo Dávila. Las tres fueron becarias del desaparecido Centro Mexicano de Escritores, las tres cultivaron con exquisitez lo siniestro, la fantasía y la ambigüedad.

Guadalupe Dueñas se caracterizó por escribir impecables relatos en los que el humor y el horror se mezclan magistralmente. Los relatos de *Tiene la noche un árbol* (FCE, 1957) describen lo mismo sangre y entrañas viscosas que maneras finas de los personajes, entre los que está Mariquita, la hija mayor de un matrimonio que murió siendo muy pequeña, y que la familia conserva en un frasco de chiles. Inés Arredondo siempre quiso ser considerada (en sus propias palabras) “uno de los mejores narradores de México”. Lo consiguió con *La señal* (1965), *Río subterráneo* (1986) y *Los espejos* (1988), ahora todos reunidos en *Inés Arredondo* (Siglo XXI, 2002). La fascinación por las deformidades, el incesto y la crueldad hacen de su narrativa un espejo inquietante y preciso que, de forma efectiva, la colocó en un buen sitio, codo a codo con Salvador Elizondo o Sergio

Pítol.

El caso de Amparo Dávila es un fenómeno curioso dentro de las letras mexicanas. Hasta hace poco, la obra de la escritora zacatecana había permanecido enterrada como un espejo otrora luminoso. De exhumarlo se encargaron un puñado de autores con una ya sólida trayectoria (Alberto Chimal, Cristina Rivera Garza, por mencionar un par) y que la reconocen como una de sus influencias más importantes. Amparo Dávila salió de la mullida burbuja de la vida tranquila entre nietos y añoranzas para el homenaje que en Bellas Artes se hizo en honor a su cumpleaños número ochenta, así como para la presentación de *Cuentos Reunidos* (2009), y *Poesía Reunida* (2011), ediciones del FCE que incluye su obra poética y narrativa completa, más cinco cuentos inéditos de la enigmática autora. Dávila creó espantosas escenas que pueblan los insomnios de más de un lector: novias embalsamadoras, amantes que croan, huéspedes cuya naturaleza no se determina nunca. Lo fantástico ocurre en cualquier frontera invisible del ámbito doméstico: puede encontrarnos sin dificultad y no dejarnos volver al refugio de lo conocido.

Hay dos autoras en auténtico olvido que valdría la pena mencionar: Adela Fernández y Gabriela Rábago Palafox. La primera es, a decir de la ensayista Magali Velasco, "*una narradora de voz grave. Inasible, su obra es lectura obligada*".(1b) Adela Fernández nació en 1942. Guionista, actriz y cuentista particularísima, tiene dos libros difíciles de hallar: *Duermevelas* (Katún, 1986) y *El perro* (edición de la autora, 1975). Se le ha incluido, sin embargo, en antologías como la del *Cuento Mexicano Moderno* (UNAM-UV-Aldus, 2000) Una de sus historias más inquietantes narra la siniestra relación entre un joven y su tía solterona (figura que en el imaginario del lector aún genera terror y angustia): "*Fue entonces cuando dentro de la jaula pude ver dos niñitos gemelos, escuálidos, albinos. Tía Enedina los contemplaba con ternura y felizmente, como pájara, les daba el diminuto alimento. Mis hijos, flacos, dementes, comían alpiste y trinaban*" (2). Adela también escribió la biografía de su padre, Emilio el Indio Fernández: *Emilio Fernández, vida y mito*. (¿Pero este dato es importante? ¿Es necesario seguir ligando el talento de las mujeres a una figura masculina que las respalde?)

Gabriela Rábago Palafox fue una de las pocas mujeres que han ganado el Premio Puebla (Premio de cuento fantástico y Ciencia Ficción), con *Pandemia*, relato acerca de un mortífero virus, la homosexualidad y el Apocalipsis. Ganó también el premio de literatura infantil Juan de la Cabada, y es que Rábago Palafox se caracterizó por mezclar sin problemas su habilidad con los haikús, la novela negra y la imaginación científica en su obra. Escribió también dos novelas: *Todo ángel es terrible* (1981) y *La muerte alquila un cuarto*. Federico Schaffler la incluyó en la célebre antología de ciencia ficción mexicana *Más allá de lo imaginado* (Tierra Adentro, 1991), junto con otras que merecen ser leídas. Gabriela murió rodeada de morbosas especulaciones en torno a su salud, a los 46 años.

En la actualidad, México tiene dos escritoras de literatura fantástica produciendo textos laboriosos, cuidados, de gran calidad. Adriana Díaz Enciso urdió *La sed* (2001), una sorprendente novela sobre bebedores de sangre. Y Verónica Murguía, reconocida escritora, traductora, columnista e ilustradora, es autora de algunas de las obras más versátiles y hermosas del presente. *Auliya* (Era, 1997), una novela ubicada en la edad media árabe, narra cómo una niña coja y pobre aprende el lenguaje de la naturaleza, y por ende, de la magia. En *El Ángel de Nicolás* (Era, 2004) escribió, con prosa sensorial y precisa, una colección de cuentos que recrean pasajes de la vida de personajes de la mitología (dándole voz y razones para convertirse en estatua de sal a la mujer de Lot, por ejemplo).

El inmenso continente de lo posible

La literatura mexicana ha estado condicionada a su valor histórico, a su aportación a la lectura de la lucha del pueblo y su devenir. La aproximación fantástica o de *imaginación razonada* no forma parte de estas prioridades. Esto ha ocasionado que la crítica aviente al mismo cesto de la basura dos propuestas creativas con reglas de juego disímiles, aunque cercanas, y que más autores de los que imaginamos han utilizado para exorcizar precisamente esa realidad entrevista por los noticiarios. Los cánones han sido tan rígidos, ceñidos con el corsé del *compromiso social* por tanto tiempo, que el panorama de las letras mexicanas tanto para escritores y escritoras noveles como para los lectores, es asfixiante. Por ende, quienes no soportan la asfixia acuden a la literatura fantástica, o la ficción especulativa. Mujeres y hombres con un espíritu que no se somete ni a las leyes de gravedad, ni a las de la escritura convencional. Borges alguna vez remarcó que el afán por reproducir la realidad en la literatura era una idea relativamente nueva, un *capricho contemporáneo*, “en cambio, la idea de contar hechos fantásticos es muy antigua, y constituye algo que ha de sobrevivir por muchos siglos” (3).

Para las mujeres que escriben, el oficio sigue siendo costoso. En palabras de Eloy Urroz, refiriéndose a Inés Arredondo: “() en un mundo literario regido por los hombres, ser una escritora genial, ser una escritora rigurosa como Inés, equivalía” y sigue equivaliendo- a ser simplemente una “buena escritora”, una autora “decente” y nada más()” (4). La imaginación no conoce frontera alguna, y eso que todas las autoras aquí mencionadas eligieron escribir les ofreció, precisamente, vivir el sueño soñado: no hay límites. Mientras más presentes tengamos sus obras, más representadas se sentirán otras mujeres deseosas de considerar a la escritura como una forma de vida. Y habrá más escritores que corten amarras, que inventen nuevas literaturas ya añoradas por los lectores, que se dediquen, como dijo J. G. Ballard a “*explorar ese inmenso continente de lo posible*”.

En aquella reunión respondí más o menos lo que he dicho aquí. Mi voz apenas se distinguió de entre la música y el chocar de las botellas. La fiesta terminó y cada quién se fue a seguir con lo suyo. En el silencio de la madrugada, volví a hacer la misma búsqueda en *Google*. Pero de algo

sirven los viajes en el tiempo. El robot no hizo ninguna sugerencia, se limitó a darme con prisa los enlaces, algunos nuevos, incluso. Se habrá dado cuenta, supongo, de que ya no hará falta rectificar.

Referencias

(1) Roland Barthes, *Mythologies*, París, Éditions de Seuil, 1957. Citado en:

(1b) Velasco, Magali, *El cuento: la casa de lo fantástico.*, Fondo Editorial Tierra Adentro, México, 2007.

(2) Adela Fernández, "La jaula de Tía Enedina", en *Duermevelas*, México, Katún, 1986.

(3) Jorge Luis Borges, citado por Emil Rodríguez Monegal, "Borges: una teoría de la literatura fantástica" *Revista Iberoamericana*, abril-junio de 1976, núm 95, p. 186.

(4) Prólogo a *Las palabras silenciosas*, Algaida, Col. Calembé, Madrid, 2007.